



Integrante de Brújula Educativa de Jalisco

www.brujulaeducativajalisco.org

Correo: investigacion@mpj.org.mx brujaeducativajalisco@mpj.org.mx

27 de marzo del 2026

Hace unas semanas escribí sobre el miedo que atraviesa a las escuelas cuando la violencia del entorno se vuelve cercana, y me preguntaba cómo acompañar emocionalmente estas situaciones desde el espacio escolar. Hoy, después de que un estudiante les quitara la vida a dos maestras en Lázaro Cárdenas, Michoacán —tras impedirle el acceso y luego de exhibir un arma en redes y anunciar “hoy es el día”, en publicaciones que hoy cobran sentido—, y de otros hechos recientes, la escena ya no es la misma.

Ya no estamos solo frente a una violencia que viene de fuera, sino ante una que se produce dentro, entre nosotros. Recuerdo lo ocurrido en el CCH Sur de la Ciudad de México: un estudiante asesinó a otro con un arma blanca en el plantel. No fue un hecho súbito; había señales y conflictos previos. En medio de la agresión, un trabajador intentó intervenir y también resultó herido. Esa escena dice mucho: actuar implica poner el cuerpo, y eso es un riesgo. Pero también obliga a preguntarnos con qué respaldo, protocolos y acompañamiento es posible hacerlo.

Pienso también en la muerte de una adolescente en Teotihuacán, Estado de México, golpeada por una compañera a la salida de la secundaria mientras otros estudiantes miraban y grababan. Nadie detuvo la violencia; de hecho, fue grabada y ese registro circuló en redes. Esto no solo la registra: la intensifica. **Ya no es solo agresión, es una forma de relación en la que otros participan, la validan y amplifican.** Lo inquietante no es solo la violencia extrema entre dos adolescentes, sino lo que se hizo —o no se hizo— alrededor: se grabó, se compartió, pero no se interrumpió. No es solo ausencia de acción: es una manera de estar ahí que permite que ocurra y se expanda. La violencia no solo se vio, también se puso a circular. Como si registrar importara más que detener.

No estamos ante hechos aislados. En ninguno de estos casos todo ocurrió de repente. Hubo señales, conflictos previos y exposición en redes. **La violencia no aparece de la nada; se construye, circula y crece.** Y, sin embargo, frente a esto, la respuesta institucional se repite: más programas de salud mental, más capacitación, más llamados a gestionar emociones.

Pero, ¿y si el problema no está solo ahí? El miedo, el odio o la humillación no viven únicamente dentro de cada estudiante. Circulan en los pasillos, en los grupos de WhatsApp, en los videos; se respiran en el ambiente y terminan moldeando lo que hacemos —o dejamos de hacer— frente a los otros. Lo sabemos: hay escuelas donde ese clima se siente tenso y pesado.

La escuela suele llegar tarde. Interviene cuando el daño ya está hecho. Busca responsables individuales, intenta contener, pero no alcanza a ver el entramado en el que esa violencia se gestó. Tampoco asume que esas tramas la exceden y responden a condiciones sociales e institucionales que la desbordan y, al mismo tiempo, la dejan sola.

Mientras tanto, **cuando se pregunta a los estudiantes qué necesitan, la respuesta es simple: adultos presentes, menos peleas, más cuidado.** No hay teoría ahí, hay una necesidad básica: vivir y aprender sin miedo.

Para muchas familias, la inquietud es comprensible: qué está pasando con sus hijos y quién está ahí cuando algo ocurre. Pero esa preocupación no termina en la escuela, también interpela lo que sucede en casa, lo que vemos —o dejamos de ver— y cómo respondemos.

Y en ese punto, la pregunta ya no es solo de la escuela, ni de las familias o los docentes: es de todos nosotros, como sociedad, y de lo que estamos —o no— dispuestos a sostener.

Del lado de los adultos, en cambio, empieza a instalarse una frase cada vez más frecuente entre docentes: “yo no me meto en problemas, que la vida los repruebe”. No habla de indiferencia, sino de miedo y desgaste. Pero también muestra un cambio: **pasamos de intervenir a cuidarnos.**

Y es comprensible. Hoy **intervenir implica riesgos reales.** A veces, un llamado de atención, una sanción o simplemente involucrarse puede escalar de formas imprevisibles. Hay docentes que sienten que un error, un malentendido o un conflicto puede volverse en su contra. Pero también hay algo más: durante años se han debilitado las condiciones que sostenían esa intervención. Hay menos respaldo institucional, más exposición individual, más responsabilidad sin soporte. En ese vacío, la escuela queda rebasada, a veces normaliza, calla o deja pasar.

Entonces, ¿qué nos queda? ¿Qué significa enseñar si dejamos de intervenir?

Enseñar no es solo transmitir conocimientos —para eso hay libros, plataformas y videos—. Enseñar es entrar en relación con otros y con el mundo. Y en esa relación uno se expone: se afecta y es afectado. Pero también hay responsabilidad: **la escuela no solo recibe la violencia, puede reproducirla o interrumpirla.**

Ahí es donde el planteo de Hannah Arendt en *La crisis en la educación* sigue siendo incómodo y necesario: **educar es decidir si amamos lo suficiente este mundo —con todo lo que tiene— como para hacernos responsables de él y presentárselo a quienes llegan.** Y si los adultos nos retiramos, el mundo no se detiene ni se vuelve más amable, simplemente se queda ahí, tal cual es, pero ahora sin nadie que acompañe a las nuevas generaciones a habitarlo.

Por eso no se trata de pedir heroísmo. **Se trata de no simplificar.** No es que la salud mental no importe —hay casos en los que sí está en juego—, pero reducir todo a eso vuelve el problema manejable sin tocar las condiciones que lo producen, y también invisible en su dimensión social. **No hay respuestas simples, pero sí hay algo claro: no puede recaer en cada individuo resolver lo que es un problema colectivo.**

Tal vez el punto no sea enseñar a cada quien a controlar lo que siente, sino entender qué está pasando entre nosotros, cómo se producen esos climas, cómo circulan las emociones y cómo se vuelven parte de la vida escolar. Eso implica reconstruir condiciones institucionales que permitan actuar a tiempo, sin dejar solos a estudiantes y docentes.

Porque si seguimos reaccionando cuando el miedo ya está instalado o cuando la violencia ya encontró un cuerpo, llegaremos tarde. Y si enseñar se convierte en una práctica de autoprotección, lo que se pierde es la posibilidad misma de educar. Si nos retiramos, dejamos de sostener el mundo en común. Tal vez la pregunta no sea **cómo enseñar a cada estudiante a gestionar sus emociones, sino cómo volver a pensar la escuela como un espacio capaz de leer, contener y transformar las tramas afectivas que la atraviesan.**